



www.loqueleo.santillana.com

Título original: CUENTOS DE LOS ABUELOS

© De la selección: 2017, Andrés Blanco Díaz

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 11-253 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-764-8

Registro industrial: 58-347

Impreso por: Editora de Revistas, S.R.L.

Impreso en República Dominicana

Primera edición: julio de 2018

Directora Editorial: Claudia Llibre

Director de Arte y Producción: Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte: Lilian Salcedo Fernández

Diagramación: Ana Gómez Otaño

Edición: Andrés Blanco Díaz

Fotografías: Archivos Andrés Blanco

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

Cuentos de los abuelos

Antología

Selección de **Andrés Blanco Díaz**

loqueleg

Presentación

La idea de recoger en una antología relatos como los que se reúnen en este libro tiene su origen en las conversaciones que sostuve con mi abuelo paterno, Silvio Conrado Martínez Martínez, durante varios encuentros nocturnos sostenidos en su casa de San José de Ocoa, allá por los finales de 1979 y comienzos de 1980, poco antes de que él rindiera la última jornada el año siguiente, a los 114 años.

El abuelo era un antiguo miembro del Ejército dominicano al que sus compañeros de la montonera apodaban El Coronel del Pueblo, desde aquel día en que el general Cirilo de los Santos (Guayubín) así lo nombrase para calificar su arrojo, audacia y valentía. Él fue partícipe de primera mano en las luchas intestinas entre los bolos y los rabuses o coludos y estuvo en las revoluciones de la Unión y de la Desunión.

Formado en el colegio San Luis Gonzaga, como algunos de los protagonistas de estos relatos, no escapó al caos en que vivía el país en los primeros años del siglo XX, y se involucró de lleno en aquella máquina de guerra fra-

trícida en la cual, según él, le gustaba oler la pólvora, ver salir el humo de la fusilería y oír el zumbido de las balas disparadas por las tercerolas, los Rémingtons, las chambras 50-70 y los Máusers de uno y cinco tiros.

8 En 1904, el presidente Carlos Morales Languasco le confirmó el rango y pasó a residir en San José de Ocoa, nombrado representante del Gobierno y jefe comunal, junto a su madre, Rosa Amalia Martínez. Pero él no sentó cabeza y siguió con el gusto por los tiros, el aroma de la pólvora y la exposición de la vida a cada instante. Por tal razón, volvió a las andadas. Estuvo en el Este bajo el mando del ministro de la Guerra, Eliseo Cabrera, y participó en el pleito de Los Montones enfrentando a Demetrio Rodríguez.

También estuvo entre los que hicieron frente a las tropas norteamericanas cuando estas mancillaron su patria (como él mismo decía) en 1916, lo que le valió pasar varios años preso en la cárcel prebostal de Santo Domingo y la de Azua.

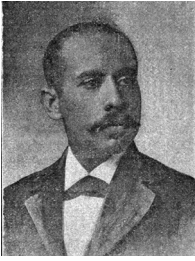
Algunos de los textos que se recopilan en esta selección antológica relatan historias que se remontan a los tiempos coloniales y en las cuales figuran personajes reales y ficticios. Otras tienen como protagonistas a personajes de la Primera, la Segunda y la Tercera Repúblicas, que son nuestros abuelos en la patria. Entre los de esta última, los hay que fueron compañeros de aventuras de Silvio Martínez, como Fabio Fiallo y Eliseo Cabrera, y los que se contaron en el bando contrario.

El libro se cierra con un texto de Haim López Penha en el cual salen de sus tumbas y recobran vida Colón, Duarte, Sánchez, Mella y Meriño, y uno de los personajes evoca la lucha del General de Hombres Libres, César Sandino, quien entonces enfrentaba a las tropas imperialistas norteamericanas en las montañas de Las Segovias nicaragüenses.

ANDRÉS BLANCO DÍAZ

José Ramón López

- Muertos y duendes.
- De la Restauración.



José Ramón López nació en la Sección Las Aguas, de Monte Cristi, el 3 de febrero de 1866. Fueron sus padres José María López Escarfulleri y Juana de Lora.

Apenas realizó estudios elementales en el Colegio San Felipe de Puerto Plata.

Desempeñó algunas funciones públicas: regidor del Ayuntamiento de Santo Domingo, juez del Tribunal de Primera Instancia de Puerto Plata, subsecretario de Fomento y Obras Públicas, senador por la provincia Pacificador y director general de Estadística. Además, fue profesor en Monte Cristi y San Pedro de Macorís.

12

Se destacó como periodista, narrador y ensayista. Sus primeros escritos aparecieron en *El Regenerador*. Luego fue redactor de *El Imparcial* y *El Resumen* (de Mayagüez, Puerto Rico), *La Opinión Nacional*, *El Progreso*, *El Tiempo*, *El País* y *El Republicano* (de Caracas, Venezuela). En Santo Domingo fue colaborador con *El Porvenir*, *El Teléfono*, *Listín Diario*, *Letras y Ciencias*, *Blanco y Negro*, *La Cuna de América*, *Renacimiento* y *Letras*. Además, fue director-redactor de *Oiga*, *El Dominicano*, *Nacional* y *Pluma y Espada*.

Escribió, entre otras obras, *La alimentación y las razas*, *Nisia*, *Cuentos puertoplataños*, *La República Dominicana. Memoria oficial para la Exposición de Milán de 1906*, *La paz en la República Dominicana*, *Geografía de la América antillana, en particular de la República Dominicana*, *Censo y catastro de la Común de Santo Domingo*, *Manual de agricultura para los maestros de escuelas rudimentarias*.

Murió en Santo Domingo el 2 de agosto de 1922.

Muertos y duendes

Siempre fueron los de Puerto Plata hombres independientes, algo ariscos y muy celosos de su autonomía individual hasta el punto de infringir abiertamente las cédulas y ordenanzas rigidísimas de los tiempos coloniales, a lo que los incitaban también el amor y el afán extraordinarios por el acrecentamiento de su pueblo que, preparado por la naturaleza para alcanzar gran desarrollo marítimo y comercial, se hallaba como encadenado por la prohibición de cambalachar con los *herejes extranjeros*, habiendo de contentarse con el escasísimo surtido que, muy de tarde en tarde, aportaba alguna nave española.

Escociales esto, y viendo que ni de S. M., ni de las autoridades locales recibieran alivio alguno, resolvieron procurárselo ellos mismos y a poco el contrabando era profesión a que muchos se dedicaban, comerciando con ingleses y franceses, marinos híbridos de piratas y negociantes, que recorrían clandestinamente toda la costa.

Quejábanse los alcaldes al gobernador de la Isla, y a la Real Audiencia, y aquel al Rey, hasta que en 1606 Felipe III, encororado con la pertinacia de los puertoplateños,

que no desistían de sus tratos solapados, con una firma mandó desalojar y destruir las poblaciones marítimas de Yaguana, Bayajá, Puerto Plata y Monte Cristi, y que sus habitantes fueran internados para que fundaran nuevas ciudades en el centro de la Isla.

¡El éxodo! ¡Pena horrible! Aquella emigración a medias, sin poder llevarse a Isabel de Torres, la más gallarda de las montañas, ni ese mar azul, alborotado por el Norte, y manso como una laguna al besar la ciudad por el Oeste; ni Los Mameyes que, según la tradición, quien bebe sus aguas tiene que volver a Puerto Plata; ni ese suelo de la ciudad elevándose en gradas como un anfiteatro que cierra el muro de lomas allá a lo lejos.

Alborotáronse los paisanos. Era una iniquidad; más valía matarlos que arrancarlos de su pueblo, de su mar y de sus montañas. Hasta se habló de rebelión; de guerra, de cualquier atrocidad antes que marcharse de su pueblecito. Pero el Cura tenía gran influencia en las turbas, sosególas un poco, y las decidió a resignarse haciendo nacer la esperanza de que el Rey se apiadaría dejándoles regresar en breve caminito de su pueblo.

Cuando llegaron los emigrados de Puerto Plata con los de Monte Cristi al lugar que les designaron, llamáronlo Monte Plata, para no disgustar a sus compañeros y conservar casi íntegro el nombre de su pueblo, pues Colón lo bautizó con el de Monte y Puerto de Plata, encantado por la belleza de Isabel de Torres, cuya cima lucía una diadema de albas nubes en que reverberaba el Sol como sobre argentina orfebrería.

Los expatriados de los otros pueblos resistieron tal cual las amarguras del destierro; pero los de Puerto Plata, poseídos de una tristeza invencible, desesperados, nostálgicos, echándolo todo de menos, fueron enfermando rápidamente, y perecieron casi a un tiempo como si mortífera epidemia se ensañara contra ellos.

Cuando llegaron al cielo, San Pedro, que les tenía muchísima compasión y que estaba tan furioso con Felipe III que lo esperaba para darle con la puerta en las narices y mandarlo derecho a los infiernos, asomó uno de sus grandes y luminosos ojos por el cristal del ventanillo y les dijo:

—Hola, hijitos. ¿Sois los de Puerto Plata?

—Sí, reverendísimo San Pedro. Nosotros tuvimos nuestro purgatorio en el mundo, y venimos creyendo que nos dejaréis pasar sin someternos a prueba.

—Indudablemente, hijitos, —contestó San Pedro mientras abría—. Estuvimos muy enfadados con aquella barbaridad. Además aquí está Colón que abogó empeñadamente por ustedes. Los quiere mucho y siempre recuerda que él mismo hizo los planos de la ciudad.

Y San Pedro se enjugó una lágrima con el dorso de su mano rugosa.

Pasaron adelante, y como se quedaran amilanados y tristes junto a la puerta, sin esa beatífica alegría de los escogidos, San Pedro lo atribuyó a timidez, y encomendó a un angelito de alas de iris que les sirviera de lazarillo y les enseñara los primores de la Gloria.

—Ea, hijitos, fuera penas —díjoles afablemente San Pedro—. A divertirse.

Y acompañó sus últimas palabras con una palmada.

Salieron con su cicerone, y a poco oyeron unos himnos verdaderamente celestiales, un canto como jamás había llegado a humanos oídos; se infiltraba dulcemente en el alma; parecía la voz de una divinidad benéfica y cariñosa y hacía sonar con dichas ideales infinitamente superiores a las que dan nuestros nervios torpes e insuficientes.

—Llévanos allá —dijeron al angelito.

Eran ángeles y serafines que entonaban alabanzas al Señor, desde una glorieta de nubes. Los puertoplateños estuvieron atentos como diez minutos, después se miraron con fijeza unos a otros sin atreverse a romper el silencio sobre que se levantaba aquel divino canto de mística idealidad.

Por fin uno preguntó al que le quedaba más cerca:

—¿Qué te parece, compueblano?

—Ay... no es malo... pero aquel tiple, aquel güiro, aquella tamborita de nuestro pueblo... No puedo oír música sin acordarme... Aquello era la gloria —continuó, saltándosele las lágrimas.

—Lo mismo me sucede a mí —contestaron dolorosamente los demás.

Se alejaron y el angelito les guió hacia otro lado por donde salían rayos de luz clarísima, de todos colores, que no ofendía la vista a pesar de que era tan viva, tan intensa que iluminaba interiormente los objetos.

Salían de los Palacios del Eterno, no solamente por las puertas, sino también al través de las paredes, cuyas moléculas de piedra brillaban como finísimos cristales.

Contemplan el majestuoso edificio de una arquitectura fantástica, imposible acá en la Tierra, porque la gravedad de los cuerpos no tiene las mismas leyes que entre nosotros y se presta a las combinaciones y a los caprichos más hermosos y variados que pueda imaginarse. Arcos inmensos, penachos como de pluma, tallados en piedra y balanceándose en el aire; cúpulas, torres afilegradas, columnas inmensas... jamás se verá en la Tierra cosa que le iguale.

—¿Qué te parece, compueblano? —preguntó otra vez el mismo que lo hizo antes.

—Está bueno; pero esto... está muy transparente con esa luz; y luego que en cualquier rato se rueda un canto y le rompe a uno la crisma.

—¡Ah! Nuestros ranchos, nuestras casitas: —agregó otro— ahí sí se vive bien. Tan curras, tan cómodas, tan frescas.

—Quién volviera —respondieron con un suspiro los demás.

Siguieron caminando; pero como todo servía para evocarles tristes recuerdos de su pueblo, resolvieron volverse a la portería y estarse ahí meditando y ceñudos; a ver cómo organizaban una colonia parecida a Puerto Plata, en esa gloria que para ellos era cárcel.

Al cabo de un rato San Pedro, que no quería verlos de esa suerte, comenzó a hacerles preguntas y a todo contestaban con su idea fija, con su pensamiento único: que se hallaban mejor en Puerto Plata.

—Pero aquí hay algo que indudablemente les gusta más que lo de allá.

—¿Qué, San Pedro? —le preguntaron asombrados.

—El alimento glorioso, hijitos, que no se come groseramente como en la Tierra sino que está esparcido en el aire, y nos nutre continuamente, y nos hace saborear delicias como si fuéramos un paladar por todas partes.

—Ay, buen San Pedro, si probaras un sancocho, y unas longanizas con casabe de Puerto Plata... —y al decirlo se relamían de gusto como si estuvieran catando esos bocaditos.

San Pedro soltó la carcajada, su carcajada franca y bondadosa.

—Ea, muchachos, —dijo luego— ¡a ver al Santísimo! Va a concederles la dicha de recibirlos.

Estaba la Santísima Trinidad envuelta en su nimbo refulgente de gloria, y a los lados y en las gradas, plácidos y bellos, la Divina Madre, los Apóstoles, y todos los Santos, entre los cuales se destacaba Colón, que se sonrió al ver a sus protegidos.

El Señor se dirigió a hablarles cariñosamente, mientras ellos le oían postrados con humilde reverencia sin atreverse a levantar mucho la vista.

—Pero ¿qué tenéis, hijitos? Os veo afligidos como si no gozárais con la Gloria y en mi presencia.

—Señor... —balbucearon sin atreverse a continuar.

—Pobres muchachos; han sufrido tanto que ya se les ha hecho habitual la tristeza. Vamos, animaos. ¿Qué os hace falta? Pedid y os será concedido.

—Señor, Señor, ¡que nos volváis a Puerto Plata!

El Eterno se quedó admirado. ¡Rechazar la Gloria por ese pedacito de tierra!...

—Dejadlos ir —dijo Colón con una sonrisa suplicante—. Dejadlos ir, que allá estarán mejor. Es buena tierra.

—Pues bien; que se vayan; pero la ciudad no se volverá a fundar hasta de aquí a un siglo, y vagarán en espíritu en medio de las ruinas hasta que sea reconstruida. Id, hijos, que San Pedro os abrirá la puerta.

En el Cielo no se recuerda alegría mayor que la de esos puertoplateños al oír el permiso que los restituía a la patria, y al despedirse del Portero Santo y emprender su camino de regreso por el infinito, entonaron una *media tuna* a voz en cuello.

Desde entonces salían muertos en todos los alrededores de Puerto Plata, y aún hoy aparecen de vez en cuando algunos.

Son las almas de los de aquellos tiempos, que todavía no han podido reencarnarse.

Pero aún así están contentos.